

Fulgor y muerte del guerrillero dominicano Francisco Caamaño

Las luchas de Sierra Maestra y la entrada en La Habana de los hombres de Fidel crearon una iconografía y establecieron un principio. Sólo el socialismo podía liquidar las viejas formas de dependencia económica, política y cultural —de las distintas naciones respecto de los Estados Unidos, de las clases populares respecto de sus oligarquías— que definían la realidad de América Latina. Y sólo la "vía armada", encarnada por la guerrilla, podía, desmontando el demoliberalismo teórico de los países subdesarrollados, traer ese socialismo.

José Monleón

El ejemplo de Cuba pareció a muchos evidente. Y los términos de revolución, guerrilla y América Latina estuvieron, durante algún tiempo, profundamente asociados. Así, hasta que la muerte del "Che" fue asumida por muchos como el definitivo fracaso de esa vía, como la evidencia de que Cuba también había sido un ejemplo para los Estados Unidos y para cuantas fuerzas no querían verlo repetido. La sorpresa estratégica y política de la Revolución cubana fue ya irreplicable: se crearon cuerpos militares especializados en la lucha antiguerrillera y las clases dominantes limitaron aún más el juego político de los hombres y partidos de la izquierda. La victoria de la Unidad Popular en Chile quebró momentáneamente el panorama. A la "vía armada" sucedía ahora la "vía chilena", es decir, la conquista del socialismo a través de las urnas. En teoría —y uno se acuerda de pronto de aquellas históricas declaraciones de Cánovas contra el sufragio universal, por entender que, estando la propiedad en manos de unos pocos, el voto de la mayoría conduciría inevitablemente al comunismo— esto era posible, y tras la muerte del "Che", aparecía como una alternativa a la que aferrarse. El Frente Amplio, de Uruguay, o la adhesión que amplios sectores de la izquierda argentina prestaron al peronismo, serían difíciles de explicar sin esta nueva visión del problema, muy pronto cuestionada por la caída y asesinato de Salvador Allende. A la organización militar

antiguerrillera sucedía la implantación de una serie de regímenes de extrema derecha destinados a liquidar cualquier esperanza en la "vía chilena". El viejo orden no sólo dominaba en las sierras —salvo en pequeños focos, de escasa incidencia sobre la vida general del país correspondiente— sino en las ciudades, en las librerías, en las escuelas, en las cámaras, en los gobiernos. El muro amasado por Kissinger era ciertamente compacto.

El exilio, el terrorismo, el silencio, la tortura, son algunos de los precios que hoy pagan en América Latina quienes creyeron en su libe-

ración. ¿Qué hacer si falló la "vía armada" y falló la "vía chilena"? Muchos, lógicamente, se desesperan, sobre todo si recuerdan el tiempo, muy cercano, en que América Latina simbolizó el nacimiento de una nueva realidad política. Otros, concilian la amargura con una visión dialéctica de la totalidad del proceso, y se dicen que ni Fidel ni Allende fueron recetas para la victoria, que cada lugar y cada tiempo solicitan un tipo distinto de acción y aun de objetivo, que la situación actual de Latinoamérica muestra la imposibilidad de "normalizar" las tradicionales formas de represión, que la victoria de Vietnam es un dato a tomar en cuenta y, en definitiva, que las fases regresivas se reajustan a la larga dentro de las imparable comunistas de la mayoría...

Otros, que participaron activamente en esta historia, sólo son ya un nombre que gravita sobre la memoria de los pueblos. Fueron guerrilleros que cayeron en las ciudades y los caminos de Venezuela, Colombia, Guatemala, Uruguay, Argentina o Santo Domingo. Entre ellos estuvo Francisco Caamaño, héroe del movimiento popular dominicano del 65, expatriado luego durante algún tiempo y muerto en febrero del 73, cuando apenas acababa de regresar a su país con decisión guerrillera.

Con Violeta Caamaño

Creo que ese no es el nombre con que figura en el Registro Civil.



Violeta Caamaño: "Quiero volver a mi país, porque aquel es mi pueblo y me siento ligada a él".

La preparación de la guerrilla aconsejaba el continuo cambio de nombre y ella se quedó con el de Violeta. A Caamaño, que se llamaba "legalmente" Francisco, lo recuerda su compañera con el nombre de Román.

Violeta, nacida en Valencia e inscrita en el Consulado dominicano de dicha ciudad, dispone de dos nacionalidades. Y ha venido aquí desde La Habana —donde ahora vive con los hijos que tuvo de Caamaño— para tramitar el pasaporte dominicano y solicitar la vuelta al que considera su verdadero país.

—El Gobierno de Santo Domingo ya ha autorizado la tramitación del pasaporte. Sin embargo, por el hecho de vivir en un país socialista, eso no es bastante. Necesito un permiso especial de entrada.

—El hecho de ser la viuda de Caamaño te creará, sin duda, una serie de problemas. ¿Por qué quieres volver?

—De momento, quiero ver nuevamente el país, de donde salí hace ya diez años. A la larga, me gustaría quedarme allí a vivir, porque aquel es mi pueblo y me siento ligada a él. En cuanto a las represalias de que pudiera ser objeto, creo que el haber sido la compañera de Caamaño no quiere decir que lo representa. Caamaño es una extraordinaria personalidad que se define por los hechos. Yo soy una dominicana más, aunque, lógicamente, esté de acuerdo con todo lo que él significa. No eludo ninguna responsabilidad, pero tampoco quiero tomar algo que no es mío. Como dominicana, me preocupan nuestros



"Para él ser comunista significaba cargar con todas las obligaciones, ser el primero en dar y el último en recibir". En la foto, el coronel entre los guerrilleros.



El cadáver de Francisco Caamaño: "Después de matarlo, uno de los generales del Ejército lo dio el tiro de gracia y en seguida lo patearon".

presos políticos y me afecta la situación y el grado de subdesarrollo de nuestro pueblo...

—¿Crees que el actual Gobierno dominicano respetará esa posición?

—No lo sé. Por lo pronto, yo quiero regresar con todos los papeles perfectamente en regla. Allí existe un partido de masas en la oposición. Y yo no paso de una dominicana en desacuerdo con el actual Gobierno.

Caamaño y el "Che"

—Dentro de los modernos líderes revolucionarios latinoamericanos, caracterizados por su aproximación al marxismo y su posición frente a los Estados Unidos, ¿qué significación específica tendría la figura de Caamaño?

—Caamaño sintió una gran admiración por el "Che". Si éste tuvo algún fallo fue que, como revolucionario, era demasiado perfecto, obligado a luchar en un mundo que no lo era. Román procuró siempre igualar al "Che", de quien nadie podía señalar una contradicción, ni en su vida privada ni en su actuación política. Yo he hablado con muchas personas que estuvieron largo tiempo al lado del "Che". Por ejemplo, Benigno, uno de los supervivientes de su guerrilla, me decía que Román se le parecía extraordinariamente. En la vida privada era tan austero como él. Si solicitaba cuarenta y ocho navajas y le enviaban cincuenta, devolvía las dos sobrantes; si se rompía la cuna de la niña y yo le pedía que la atara con un pedazo de la cuerda de ny-

lon que había recibido para la guerrilla, lo hacía con una soga corriente, porque el nylon había sido pagado con divisas. Era un hombre terriblemente riguroso.

—¿Cómo y cuándo se definió Caamaño ideológicamente?

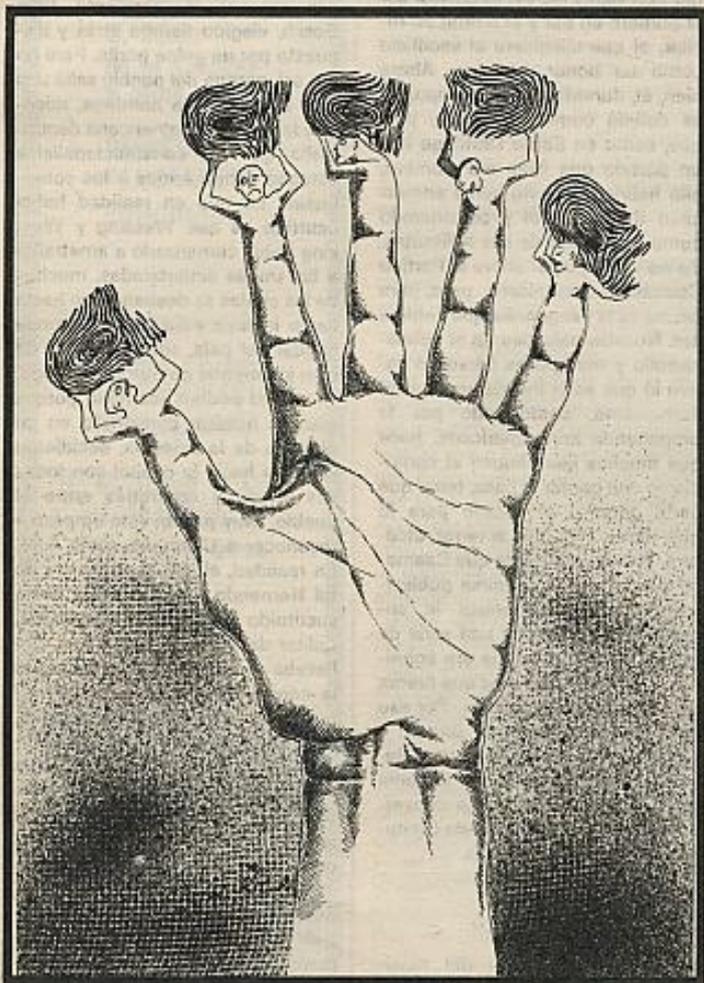
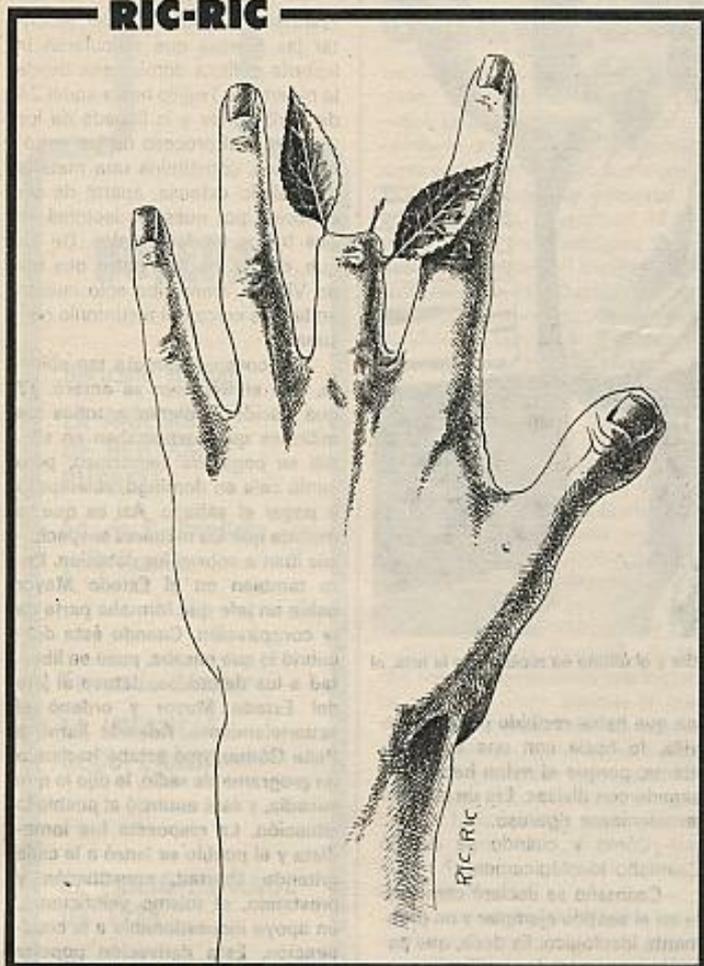
—Caamaño se declaró comunista en el sentido ejemplar y no puramente ideológico. Es decir, que para él ser comunista significaba cargar con todas las obligaciones: ser el primero en dar y el último en recibir, el que considera el sacrificio como un honor, etcétera. Ahora bien, él, durante mucho tiempo, no se definió como comunista, porque, como en Santo Domingo hay un partido que lleva ese nombre, ello habría supuesto verse enmarcado dentro de él y considerado como cualquiera de sus militantes. Yo no voy a juzgar ahora al Partido Comunista Dominicano, pero, para mí, no es la vanguardia que debiera ser. Nuestro país vive en el subdesarrollo y muy pocas personas saben lo que es el marxismo; el anti-comunismo, conformado por la propaganda norteamericana, hace que muchos identifiquen el comunismo con perder la casa, tener que pedir permiso al Estado para lo más nimio, vivir bajo el terror, etcétera. Razón ésta por la que Caamaño pensó que el definirse públicamente como comunista le supondría la pérdida de una serie de gente. Lo que él quería era aglutinar a todas las personas que fueran realmente revolucionarias. Por eso no pertenecía a ningún partido y sólo quería organizar el Ejército Revolucionario. Después de la toma del poder, ese Ejército se convertiría en el verdadero Partido Comunista de Santo Domingo.

"Aquello fue como la Comuna"

Explicar la historia del movimiento revolucionario que hizo de

Francisco Caamaño un líder, reconstruir las fuerzas que articularon la historia política dominicana desde la muerte de Trujillo hasta aquel 24 de abril, volver a la llegada de los marines y al proceso de las negociaciones, constituiría una materia demasiado extensa, aparte de ser conocida por nuestros lectores en sus trazos fundamentales. De ahí que, de los muchos datos que me da Violeta, transcriba sólo cuanto anda más cerca del testimonio personal.

—La conspiración era tan abierta, que el Régimen se enteró. ¿Y qué decide? Detener a todos los militares que participaban en ella. Allí se paga los veinticinco, pero como caía en domingo, se empezó a pagar el sábado. Así es que, a medida que los militares sospechosos iban a cobrar, los detenían. Pero también en el Estado Mayor había un jefe que formaba parte de la conspiración. Cuando éste descubrió lo que pasaba, puso en libertad a los detenidos, detuvo al jefe del Estado Mayor y ordenó el acuartelamiento. Además llamó a Peña Gómez, que estaba haciendo un programa de radio, le dijo lo que sucedía, y éste anunció al pueblo la situación. La respuesta fue inmediata y el pueblo se lanzó a la calle gritando libertad, constitución y prestando, el mismo veinticuatro, un apoyo incuestionable a la conspiración. Esta derivación popular hizo creer a algunos que bastaba con reponer al Presidente Juan Bosch, elegido tiempo atrás y dispuesto por un golpe gorila. Pero no fue así, porque del pueblo salió una lista de cincuenta nombres, mientras la Embajada americana denunciaba que los constitucionalistas estaban dando armas a los comunistas. Lo que en realidad había ocurrido es que Wessing y Wessing había comenzado a ametrallar a las tropas acuarteladas, muchas de las cuales se desbandaron hasta llegar incluso a Santiago, segunda capital del país, situada a más de cien kilómetros de Santo Domingo. Como no podían acampar, porque ello las hubiera convertido en un objetivo de la aviación, decidieron marchar hacia la capital con todas sus armas y repartirlas entre el pueblo. Muy pronto éste empezó a reconocer a Caamaño como líder. En realidad, el jefe superior era un tal Hernando Ramírez —que había sustituido a Rafaelito Fernández, militar de extraordinario valor, que llevaba mucho tiempo organizando la conspiración para devolverle el poder a Juan Bosch—, a quien, cuando se estaba atacando palacio, le dio una hepatitis violenta que le llevó a marcharse del país. Caamaño estaba allí y lo hicieron jefe. Luego, aquello se organizó en comandos. Cada partido, cada ciudad, tenían sus comandos, pero todos obedecían a un comando central, que era el comando de Caamaño. Es decir, que él era en realidad el presidente de la República y



Francisco Caamaño

el comandante en jefe de la sublevación. Donde quiera que había un problema, él intervenía...

—La entrada de los yanquis alteró sustancialmente la situación. ¿Cómo vivisteis aquellos días en los que ya no era posible la victoria que poco antes parecía segura?

—Cuando entraron los marines, nosotros no aceptamos ninguna de sus condiciones. Teníamos nuestra zona de diecisiete cuadras y declaramos que si los yanquis entraban en ella íbamos a salir para dar la batalla hasta el último hombre. Incluso pensábamos quemar la ciudad, para que allí no quedase nada. Pero el tiempo fue haciendo insostenible nuestra posición y tuvimos que llegar a las negociaciones, después de una batalla en la que hubo miles de muertos. Fueron días terribles y preciosos. Supongo que algo así debió de ser la Comuna de París. En toda la llamada Ciudad Nueva —que es, en realidad, la parte antigua— nada era de nadie; allí era todo de todo el mundo. Si tú no tenías camisa, pues yo te daba la mía; la gente comía donde había comida; si me hacían falta balas, pues me iba al otro comando; si necesitaba gasolina, la pedía... Había un servicio de abastecimiento. Y, aun cuando existían diferentes partidos, a la hora de una orden, todo el mundo ocupaba el puesto que le correspondía. Por la noche, la gente cantaba en la puerta de su casa o se reunía con los suyos, pero, apenas sonaba un tiro, dejaba la guitarra y se iba al sitio asignado. Desde un punto de vista quizá un poco idealista, era una cosa preciosa. Era una zona liberada, una zona nuestra, donde no había más problemas que los derivados del carácter de la gente, como, por ejemplo, que uno quisiera darle a la bebida, que otro le dijera que no debía hacerlo, porque luego no podría agarrar el fusil, hasta que

venían los del orden y rompían la botella... Por lo demás, no había ningún tipo de problema. Cuando alguien se sentía enfermo, iba a las clínicas y hospitales de la zona y los médicos le atendían sin cobrar nada. Las medicinas que se conseguían se entregaban a esos centros para que las repartieran. Incluso venían personas pobres de la otra zona. Así hasta que, a partir de la entrega de nuestra zona a García Godoy, los yanquis, pese a que se había firmado un pacto, la ocuparon militarmente.

Salir para volver... y morir

“Las negociaciones impusieron la salida de Caamaño y la de Wessing y Wessing para dar paso a unas elecciones. Pero Caamaño salió, destinado como agregado militar a la Embajada de Santo Domingo en Londres, dispuesto a volver y convencido de que tendría que pelear cuando llegara. Tenía muy claro que la causa de los males estaba en el imperialismo y que éste no iba a ser puesto en cuestión por las elecciones, sometidas a las limitaciones de siempre, sobre todo en países como el nuestro. En la Embajada de Londres estubo hasta noviembre de mil novecientos sesenta y siete, en cuya fecha entra —y yo con él— en la clandestinidad. Durante varios años, Román se prepara para la guerrilla. Sabía que la lucha sería a largo plazo y que los problemas debían ser abordados de un modo práctico. De ahí su entrenamiento físico. Por eso era capaz de probar una mochila durante un mes, quizá para concluir que no era la mejor del mundo o que tenía tales o cuales inconvenientes. Calculó el número máximo de kilos que debía llevar un guerrillero y los problemas que suponían para la columna el excederlos. Los zapatos y los calcetines tenían unas características especiales.



El coronel Caamaño cuando era jefe de las fuerzas rebeldes y, a su derecha, uno de sus colaboradores, Héctor Aristy.



Caamaño con Violeta y sus tres hijos.

Como los calzoncillos se rompen y plantean una serie de problemas para la guerrilla, pues no se puso más calzoncillos. Las cuerdas no tenían que ser de sogas, sino de nylon. Sabía las proteínas de cada producto, lo que convenía comer, la comestibilidad o no de las cucarachas, los alacranes, las ranas, las hormigas y cuantos bichos iban a encontrar en su medio guerrillero...

—¿Quiénes componían la guerrilla y cuál era el plan global de Caamaño?

—El quiso organizar un grupo de personas que tuvieran condiciones para dirigir a muchos. Más allá de la fuerza de su guerrilla, la presencia de Caamaño en Santo Domingo significaba ya una revolución. Piensa que cuando se empezó a rumorear que él estaba allí, pese a no haber sido confirmado, muchos ricos nos ofrecieron cientos de miles de dólares. Es decir, que lo que no podía hacerse desde fuera cabía organizarlo una vez dentro. No se trataba, pues, de llegar y empezar a dar batallas, sino de organizar el movimiento en el interior de Santo Domingo. Pensamos que de identificarse en la capital hubiera sido fácilmente detenido, pero que, refugiado en la Cordillera Central, podía hacerlo de un modo menos notorio, entrando en contacto con toda esa gente que está en los partidos y que no tomará ninguna iniciativa hasta que se produzca una posibilidad concreta. El plan de Román era dar un golpe, cuidadosamente preparado, para dar testimonio de su presencia en Santo Domingo, y luego mantenerse activo, pero oculto...

—¿Qué pasó entonces? ¿Por qué el fracaso de la operación y la pronta muerte de Caamaño?

—Román pensaba regresar en el setenta. Una de las causas de su muerte fue el volver mucho más tarde, por causas totalmente aje-

nas a su voluntad y que nada tienen que ver con su ánimo ni con su preparación. Uno de nuestros mayores problemas había sido el conseguir unos preciosos mapas topográficos que, sin embargo, por ese retraso, ya no se ajustaban totalmente a la realidad en el momento del desembarco. Existían nuevas carreteras que no figuraban en esos mapas; nuevos poblados alzados en puntos por los que él había previsto pasar. Por contra, Caamaño contaba con ciertos aserraderos, que no encontró en su marcha, porque el bosque había sido talado y tales instalaciones clausuradas; extremo este muy grave a la hora de procurarse discretamente la comida. Todas estas eran cosas vitales en aquellos momentos. Cuando se crea una zona liberada, con las consiguientes comunicaciones y la organización necesaria, todo es distinto. Pero, para una guerrilla, lo vital es la supervivencia. Más que tiros tiene que haber comida. Porque, si no, tiras tres tiros y se acabó... También contó el hecho de ser reconocido, en uno de esos poblados a los que le llevó la obligada modificación de la ruta, por una anciana, en momentos en los que, desde el punto de vista guerrillero, era muy peligroso ser localizado. La existencia de los helicópteros ha hecho de esto un extremo importante. Antes, la localización significaba que una serie de tropas salía de sus cuarteles y se dirigía hacia la región montañosa correspondiente; ahora, los helicópteros permiten trasladar en pocas horas a los soldados a los lugares precisos y tender emboscadas a cualquier guerrilla. Una vez localizados, Caamaño y sus hombres consiguieron burlar momentáneamente al Ejército, pero una mala información les hizo suponer que un compañero había sido herido en una emboscada. Fue entonces cuando mandó a un grupo para que distrajera al Ejército en un determinado punto,

mientras él se desplazaba con los restantes hasta donde se suponía que estaba el compañero herido. Pero esto no era cierto y fue de nuevo localizado... Todo estaba, por tanto, perdido.

—¿Cómo murió Francisco Caamaño?

—Tenían que atravesar una carretera y, como ya se sabían localizados, dispararon contra un camión, creyendo que era el vehículo donde iba la tropa, pero, en realidad, era un vehículo de reconocimiento. Así es que, al oír los disparos, la tropa los cercó. Empieza ya la lluvia de granadas y de tiros sobre el espacio donde estaban acampados. Caamaño da entonces a su gente la orden de desplazarse a un lugar más alto; así lo hacen y él, que tiene la ametralladora de mayor poder de fuego, se queda atrás para hacer contención. Decisión que no es lógica, pero que, conociéndole a él, se explica perfectamente. Sólo él tenía una R15. En la operación, enormemente complicada, puesto que ni rastreando se estaba a cubierto, cae el segundo del grupo. Era Eugenio, un hombre con todas las condiciones de Caamaño, además de ser el más grande ejemplo de lo que puede la voluntad. Siendo joven, al desactivar una bomba, para evitar el peligro a varios niños que estaban cerca, aquella le había explotado y lo había hecho pedazos. Perdió un ojo, un brazo y dos dedos de la otra mano. Pese a ello, Eugenio, no sólo era un hombre lleno de talento intelectual y de claridad ideológica, sino el más ligero caminando, el que se ponía las botas en menos tiempo, el que disparaba tan bien como Román... Al caer Eugenio herido mortalmente, fue como si Caamaño dejara de razonar. El lugar estaba batido por las balas, pero Caamaño permanecía increíblemente de pie al lado del herido. Ahí entra ya el hombre de sentimientos, porque la orden era de que

quien cayera herido se quedaba y todos eran conscientes de ello. Así que todos creían que Román estaba en el lugar donde les había dicho que se dirigeran, mientras él permanecía junto a Eugenio. Allí recibe el primer balazo, que le hace rodar por la pendiente. Al pie de la misma lo cogen herido. Los compañeros supervivientes que lo están buscando —además de Eugenio ha caído otro— le oyen gritar dentro de un "jeep" preguntando dónde lo llevan. Lo conducen a un lugar cercano y allí se reúnen los jefes, Pérez y Pérez, Ramiro Matos, Emilio Jiménez... Creo que ninguno de ellos se hubiera atrevido a matarlo sin la orden de Balaguer, que, a su vez, debió de consultar a los americanos. Se dice que se produjo una discusión y que Román golpeó al general Pérez y Pérez. Allí, en presencia de todos, lo mataron. Era en un lugar llamado Nizaito, entre San José de Ocoa y Constanza. Después de matarlo, uno de los generales le dio el tiro de gracia y en seguida lo patearon. En las fotos, su cuerpo aparece con la boca rota...

Flores para Caamaño

Es difícil, puestos a evitar todo idealismo, escribir desde Europa la historia de la moderna guerrilla latinoamericana. Al menos si no nos conformamos con el juicio moral, con el canto al sacrificio y al heroísmo, y nos preguntamos por la acción política. Y es difícil, porque la misma grosera generalización que el europeo hace de América Latina —de la que sabe bien poco— la deriva, lógicamente, a la contemplación unificada de su movimiento guerrillero. Quizá en el caso de un hombre como Caamaño, restringiendo nuestro juicio al campo puramente político, la referencia al "Che" y a la Revolución Cubana pueda ayudarnos a entender la significación de quien fue hijo de un importante oficial trujillista y murió, en nombre del pueblo, bajo las balas de los generales regulares. Pregunto a Violeta por la gravitación de la figura de Caamaño después de su muerte.

—En el aniversario de la muerte de Román, el dieciséis de febrero, Claudio Caamaño —uno de los supervivientes de la guerrilla, hoy encarcelado y condenado a veinte años— logró sacar una carta supuestamente dirigida a su hermano, en la que le hablaba de sus sentimientos, de su voluntad de continuar la lucha y de todas esas cosas. En ella decía que le gustaría que cuantos quisieran honrar la memoria de Román llevaran ese día una flor, aunque fuera escondida. Se calcula que más de un millón de personas salieron con una flor a la calle. ¡En un país de cuatro millones de habitantes! En los parbrisas de los taxis, la gente llevaba flores. Quizá no todo el pueblo supo comprenderlo, pero todo el pueblo lo lloró... ■ J. M.